

Algunos agujeros de la Sanidad Pública

Hace unas semanas preguntaba si privatizar la Sanidad era una forma disfrazada de corrupción, de la que se atreven a presumir los políticos. Mi respuesta era clara, no asumir sus obligaciones en la gestión de un servicio público básico, ofreciéndolo al mercado, a un modelo que encarece y/o deteriora el servicio, es corrupción.

La Sanidad es un gran consumidor del PIB, un pastel muy apetecible, cuya sostenibilidad dependen de la riqueza que se genera, en estos momentos escasa, también de su coste, que se está acelerado.

¿Por qué crece el gasto sanitario? El factor lógico es el aumento de la población, lo que se compensaría con más riqueza, pero no ahora, otro factor es el envejecimiento, que demanda más servicios, mientras no contribuye a generar riqueza. En esta situación, que va a mantenerse tiempo, cobra gran importancia una gestión sanitaria que ordene el gasto y la disponibilidad de recursos, para prestar los servicios necesarios. Esta gestión debe vertebrar una sensata planificación de centros, tecnologías, medicamentos, servicios y personal. Observando la gestión actual hay una dilapidación manifiesta.

Se ejecutan y anuncian centros, con interés político, para la rentabilidad electoral los “retornos” y gratificaciones. Se estimula la demanda ciudadana de unos centros, sin reflexionar sobre su conveniencia técnica y su mantenimiento. Los enormes centros son peligrosos por el “caos”, los pequeños por la falta de “entrenamiento”.

Los centros se equipan con tecnologías sofisticadas, sin criterios técnicos del nivel más conveniente, parece que es para presumir, pero se transparentan otros intereses. Se derrocha, no se aprovecha lo útil que ya se tiene, todo nuevo, todo caro. Se siguen adquiriendo tecnologías para hacer lo que no se va a hacer, también lo que no se debe hacer. Los instrumentos pasan de ayudas valiosas a artilugios peligrosos.

El gasto farmacéutico crece, pero se autorizan nuevas medicaciones, carísimas, muchas sin valor terapéutico añadido. El recetario, bien trabajado, con un marketing gratificante, resulta tan natural que causa sonrojo la forma en que presumen, de esos “incentivos”, algunos profesionales. La administración y las sociedades científicas, trata de sacar su parte, patrocinios y fundaciones consiguen así fondos para fines sublimes, también para otros, bien disimulados. El clientelismo de la farmacia del hospital es el maná de algunos negocios, que tienen la tutela institucional, disfrutan gratuitamente de esos recursos y aprovechan los incentivos del marketing por su consumo.

La gratuidad provoca una demanda innecesaria de prestaciones, que hay que ordenar y controlar. El copago no es la vía, pues la prestación farmacéutica lo tiene y es lo que más crece, pero no se pueden asumir prestaciones caprichosas, ni financiar reiteradamente la solución de problemas, que ni siquiera son de la salud.

La mala gestión cotidiana de personal e instrumental provoca duplicidades, en unos horarios masificación, en otros recursos en paro. Los favores laborales están al nivel de las “repúblicas bananeras”; como me dijo Luis, lo primero y más evidente en mi hospital es un piso adicional, de centenares de metros, para direcciones y secretarías. En otro Hospital el equivalente se conoce ya como “La Moncloa”

Hay que tapar todos estos agujeros para mantener la Sanidad pública.

Ni copago, ni corrupción. Buena planificación y educación sanitaria. Las leyes necesarias ya existen, aplíquenlas con honestidad.

José J Santonja Lucas
Profesor de la Universitat de València